

**DOMINGO XXVII DURANTE EL AÑO (A)**  
**Homilía del P. Josep-Enric Parellada, monje de Montserrat**  
**8 de octubre de 2017**  
**Is 5, 1-7 / Ps 79 / Fl 4, 6-9 / Mt 21, 33-43**

Estimados hermanos y hermanas:

Los textos que nos propone la Liturgia de la Palabra de este domingo tienen un tono dramático y nos sitúan de lleno en el corazón del misterio de Jesús, y al mismo tiempo ponen ante nuestros ojos y ante nuestra consideración la respuesta que damos a su llamada.

El poema de Isaías (Is 5, 1-7), que hemos escuchado en la primera lectura, presenta de forma poética pero al mismo tiempo dolida, el desengaño de Dios ante la infidelidad del pueblo de Israel, que es comparado con una viña. Con una mezcla de tristeza y de indignación el Señor exclama: “¿Qué más cabía hacer por mi viña que yo no lo haya hecho?”.

El salmo responsorial (Ps 79 ) que hemos cantado es la reacción del pueblo exiliado que se da cuenta de su infidelidad y quiere tocar el corazón de Dios que se había comprometido con ellos.

El evangelio (Mt 21, 33-43) mantiene el mismo tono dolorido de Dios, que no comprende que el pueblo no quiera corresponderle. La parábola de los viñadores homicidas es una es una escenificación simbólica del conjunto de la historia de la salvación que tiene como culminación a Jesucristo, la muerte del cual ha sido el momento decisivo de la historia y sobre la cual Dios ha construido el edificio del nuevo pueblo de Israel.

La historia de la salvación no es nunca unilateral, sino que es la historia compartida entre Dios y el hombre, una historia que reclama una respuesta por nuestra parte. Se trata de una historia que apunta siempre al corazón. Por ello, si profundizamos un poco más en las lecturas de este domingo XXVII del tiempo ordinario nos damos cuenta que apuntan al corazón de Dios: Dios ama, Dios se lamenta, Dios se entristece, Dios quiere superar las situaciones de ruptura...

Y sobre todo, Dios espera; no se cansa nunca de esperar. Para los hombres y mujeres de todos los tiempos es muy importante saber que alguien espera en nosotros. Más aún, Dios no espera con los brazos cruzados sino que hace todo lo posible para que su esperanza (consecuencia de su amor) dé el fruto que espera: nuestra respuesta de amor.

La culminación final de las lecturas de hoy es muy clara: toda la obra de Dios, toda la historia se encamina hacia Jesucristo. Por su resurrección se ha convertido en la piedra angular del nuevo pueblo de Dios. Cristo Jesús continúa invitándonos a la conversión.

Comentando estos mismos textos, el P. Cebrià Pifarré (traspasado el 5 de enero de 2016) escribió hace ya unos cuantos años: “Si nos dejamos cautivar

por la belleza de Dios que brilla en el rostro de Jesús, podemos estar seguros que no nos faltarán ni la fuerza ni la confianza para abrir el corazón a los dones del Reino y de su paz. El pan y el vino de la Eucaristía son sacramento de este Reino y de su paz.